

Filosofía de la pequeñez: aplastando lógicas de engrandecimiento

Aina Cassanyes Roig¹

Universitat de les Illes Balears

Resumen: El inicio del nuevo milenio viene marcado por un claro estancamiento del sistema capitalista actual, que ha hecho tambalear las mismas bases de lo que significa ser humano. Hay una tendencia al gigantismo que consiste en una ciega fiabilidad por el continuo crecimiento y la búsqueda constante del aumento de la producción para incrementar el consumo, que a su vez, vuelve a aumentar los beneficios en forma de proceso cíclico. En el mundo capitalista occidental predomina esta esfera en donde la economía, en forma de dogma, se establece como principio de toda acción. Hay otras formas de modelar el mundo y el cambio es más que necesario y evidente. El decrecimiento y la filosofía budista son algunas propuestas para el progreso humano.

Palabras clave: filosofía de la economía, decrecimiento, filosofía budista, trabajo, alternativas al capitalismo.

Resum: L'inici del nou mil·lenni ve marcat per un clar estancament del sistema capitalista actual, que ha fet trontollar les bases del que significa ésser humà. Hi ha una tendència al gigantisme que consisteix en una cega fiabilitat pel continu creixement i la recerca constant de l'augment de la producció per a incrementar el consum que, a la vegada, segueix augmentant els beneficis en forma de procés cíclic. En el món capitalista occidental predomina aquesta esfera on l'economia, en forma de dogma, s'entén com a principi de tota acció. Hi ha altres maneres de modelar el món i el canvi és més que necessari i evident. El decreixement i la filosofia budista són algunes propostes clau per al progrés humà.

Paraules clau: filosofia de l'economia, decreixement, filosofia budista, treball, alternatives al capitalisme.

La uva pasa puede ser incluso lo mejor que hay en un pastel; pero una bolsa de pasas no es mejor que un pastel; y el que nos ofrece una bolsa repleta de pasas no por eso será capaz de hacer con ellas un pastel –por no hablar de algo mejor.

Wittgenstein²

I

Filosóficamente, nos encanta *lo grande*. Nos fascinan las expresiones como *ascender*, *alcanzar*, *remontar*, *alzarse*, *progresar*, *avanzar*, *adelantar*... Por el contrario, sus expresiones opuestas consiguen ponernos los pelos de punta: *descender*, *retroceder*, *degradar*, *rebajar*, *regresar*... Incluso, solemos atribuir cierto desprecio a las cosas pequeñas, adjudicándoles, frecuentemente, un carácter *infantil*, ¡ni que fuera esto algo perjudicial!

Lo grande es lo que nos rodea día a día, la manera como tendemos a vivir. Formamos parte de un sistema cuyas bases tambalean por un culto a lo grande, al gigantismo ilimitado, a la desmedida, máximo causante de la crisis multidimensional en la que nos encontramos inmersos hoy en día. Con *desmedida* me refiero al como está ordenado el estado de cosas actual, en el cual el crecimiento económico, principal elemento de culto, juega un papel central. La

¹ C/Joan Alcover 47b 1r 07006 Palma de Mallorca; ainacassanyes@gmail.com

² L. Wittgenstein: *Aforismos, cultura y valor*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995.

economía es un gigante que ha crecido demasiado y ha alcanzado el primer puesto entre los diferentes ámbitos. Se ha impuesto sobre las otras esferas de la realidad, sobre países y sobre personas. La economía hoy es grande y egocéntrica. La economía es aún reconocida por multitud de expertos como aspecto primero apelando a su interés e utilidad a nivel global. De este modo, el crecimiento económico se ha convertido en la obsesión del nuevo milenio, como ya venía siéndolo años antes. Tan es así, que el mundo llega a comprenderse de una forma bidimensional: de un lado, está aquello que es viable económicamente y, de otro, lo que económicamente no es viable o, simplemente, estúpido. Lo que prima hoy es la conducta económica de la cual su contrario es impensable. Lo económicamente no viable es derrochador, inútil y fuertemente criticado. De hecho, la tendencia es reprimir esta conducta hasta lograr su desaparición.

La economía, además de entenderse como crecimiento económico, se considera la gran fuente de progreso y desarrollo. El progreso es propio de los países desarrollados, pues en éstos ha habido un avance promovido por una industrialización que ha producido un crecimiento en la economía y, como resultada, el país mejora. En este sentido, hay una gran preocupación por generar crecimiento económico en zonas *subdesarrolladas*, del mismo modo, en época de crisis la solución es inyectar dinero al sistema para que se vuelva a activar el crecimiento de la economía. Sin embargo, el desarrollo encuentra su propia dolencia en cuanto nos encontramos con el caso de sociedades que en los años setenta sus gentes eran “pobres” en relación a los criterios occidentales, es decir, pocos bienes manufacturados, pero nadie se moría de hambre; después de cincuenta años de “desarrollo”, 14.000 niños y niñas mueren en esta región por día. Pues bien, en datos generales, éste es el caso de África. Nicolas Ridoux anuncia que se tiene que acabar con esta idea de que el crecimiento es progreso y viceversa. Uno de los principales argumentos a favor del crecimiento es el del empleo, pero éste es sólo un disfraz. Según Juan Somavia, Director General de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) desde 1999, diez años de fuerte crecimiento económico no ha tenido más que un leve impacto -y sólo en un pequeño puñado de países- sobre el número de trabajadores que viven en la miseria. De la misma forma, tampoco ha hecho nada para reducir el paro. De hecho, sigue Ridoux, pensar que para que todo el mundo tenga trabajo se tiene que restaurar el crecimiento económico y aumentar la producción es una ilusión. El crecimiento es un mito y debemos abandonar este culto. Por esto, nuestra idea de progreso y de desarrollo va mal encaminada. Tampoco nos vale la coletilla *sostenible* que tanto se puso de moda a principio de los noventa, como intento de ver con buenos ojos al desarrollo. A partir de esta intromisión, todo empezó a ser sostenible, los coches, electrodomésticos, incluso el crecimiento... Latouche nos explica que *desarrollo*

sostenible se presenta como un oxímoron, eso es, la yuxtaposición de dos palabras entre sí contradictorias. Pues, ¿cómo puede sostenerse un crecimiento continuo en un mundo que es uno y limitado? Es una *chapuza conceptual*³. Se cambian las palabras, pero no los hechos.

Por otra parte, el desarrollo, dice Latouche, manifiesta la misma lógica económica, una lógica que, por otra parte, representa sólo una parte de la esfera global, es decir, el desarrollo ha sido la occidentalización del mundo. Lo que se dibuja como crecimiento económico es la acumulación del capital con todos los pros y los contras que esto conlleva: competencia sin piedad, crecimiento sin límites marcados por las desigualdades, expolio del medio ambiente, dominio de la naturaleza, explotación del Sur... pero, sin embargo, se disimula con valores y palabras tan bien sonantes como *progreso, universalismo, racionalidad...*, que ya hemos dicho que no tienen aspiración igualadora alguna, sino que están relacionadas con la historia de Occidente.

También la economía ha aspirado a una universalización de sus fundamentos, pues ésta se construye sobre tres presupuestos, entrelazados entre sí, que podemos considerar dogmáticos: 1.Racionalidad maximizadora. Ya dijimos antes que la economía tiene una visión doble de ella realidad y distingue entre aquello económicamente viables, que es económico, y aquello económicamente inviable, lo antieconómico, que no aporta beneficio monetario alguno. La racionalidad maximizadora es la conducta económica, promovida por el cálculo. Es la acción que busca el máximo beneficio económico y pretende optimizar los medios en relación a los fines, los cuales no son otros que la prosperidad económica, la acumulación de riquezas. Así pues, el vendedor aspira vender al mejor precio (mayor), de la misma manera que el comprador pretende comprar al mejor (menor) precio. Siguiendo esta lógica, sería estúpido que el vendedor bajase los precios a su cliente por el hecho de ser pobre. Entonces, esta conducta se toma como dogma, pues los economistas clásicos suponen la mentalidad maximizadora como un hecho básico en los individuos asumiendo implícitamente, una naturaleza humana, una única forma de ser.

Este mito puede ser fácilmente deshecho con numerosos ejemplos que los mismos lectores podrán localizar en su propia experiencia. Podemos hablar de *irracionalidades* y de despilfarros como el voluntariado y el potlach, práctica cultural que consiste en un intercambio de bienes basado en el prestigio.

³ S. Latouche: *Sobrevivir al desarrollo*, Barcelona, Icaria Editorial, 2004.

Por otro lado, ¿con qué tipo de alegre brutalidad se puede hablar de racionalidad en situaciones tan fuertemente marcadas por una mentalidad maximizadora desvergonzada? ¿Se puede explotar el medio ambiente y expoliar los países del Sur *racionalmente*?

2.Escasez. La segunda creencia generalizada es que vivimos en un mundo de escasez, de insuficiencia de recursos -en el sentido natural (primeras materias) y en sentido formal (tiempo, dinero, trabajo...). De hecho, hablar de recursos escasos es una redundancia. Sin embargo, no debemos confundir esta escasez con la finitud de recursos, pues debemos tener en cuenta que muchos de éstos se regeneran. El concepto de escasez es un concepto construido. Su creación tiene que ver con el primer supuesto, la mentalidad maximizadora y al que veremos a continuación, necesidades crecientes. Pongamos que una persona trabaja en una panadería y tiene el sueldo suficiente que le permite llevar una vida digna, esto puede ser, vivir con cierta seguridad, una subsistencia mínima, mantener la casa, realizar alguna escapada en vacaciones, llevar a los hijos a la universidad, etc... ¿qué más necesita? ¿Dónde se halla el concepto de escasez si sabemos situarnos un límite de suficiencia? Otro ejemplo, desde un punto de vista antropológico, puede dibujarse con los *betsileo* de Madagascar. Esta sociedad no posee ningún término equivalente a *escasez*, sencillamente, no existe. La sociedad de los *betsileo* está orientada hacia la subsistencia, cultivan arroz y todo lo que necesitan se encuentra en los bosques donde viven. Nunca se les pasará por la cabeza esta idea de escasez, de la misma manera que por la cabeza de un economista tampoco pasará la existencia del concepto de suficiencia. Para él sólo hay una forma de actuar, la maximizadora, la de crecer económicamente. Siguiendo este patrón de conducta es obvio que tengamos que menester más y más recursos. Finalmente, el concepto de escasez va muy unido al de propiedad. Pues si los árboles y la tierra no son de nadie (o son de todos) ¿cómo se puede hablar de *tener mucho* o de *tener poco*? La escasez se da en cuanto alguien tiene y el otro no.

3.Necesidades crecientes. El último de los dogmas trata de que los individuos tienen deseos ilimitados, continuamente crecientes. Éste es otro de los supuestos que mantenía la economía neoclásica. Se considera que el ser humano es difícil de satisfacer, siempre necesita tener más cosas, quiere realizar sus deseos (primarios y secundarios). En este sentido, entra en juego otro parásito del sistema: el consumo. El cumplimiento de deseos se asocia con el consumo, por eso existe la publicidad. ¡La felicidad se mide en kilómetros recorridos! Siempre queremos lo nuevo, la avidez de novedades heideggeriana. Pero lo nuevo nunca es porque en cuanto lo tomamos, ya se ha vuelto viejo. Por lo tanto, dentro de la teoría económica, el ser humano se encuentra en la contradictoria e infeliz situación de satisfacer unas necesidades por definición insaciables.

Sin embargo, tampoco las necesidades tienen por qué ser siempre crecientes. Ésta es una visión demasiado restringida de la naturaleza humana. También fácilmente podemos encontrar ejemplos que acallan esta suposición. Por ejemplo los bosquimanos, recolectores-cazadores, se organizan según la disponibilidad de recursos por estaciones. Se adaptan a su entorno según sus medios de subsistencia. Según la estación, la medida del grupo va aumentando o disminuyendo en vistas a mantener las necesidades de éste (siempre hay un mínimo) sin pasar por la escasez. O en el mismo ejemplo que pusimos anteriormente del panadero, las necesidades son las que cada uno se atribuye, las que se define.

Así pues, si los recursos son siempre insuficientes y los deseos por definición infinitos, las personas tienen que elegir como utilizar los recursos que tienen. La elección ya la sabemos: la tendencia será elegir la opción que nos proporciona el máximo beneficio. La *buena* decisión, *racional* y la única *razonable* es la decisión maximizadora, el continuo crecimiento.

Pero tenemos datos empíricos que nos muestran como este crecimiento se ha estancado y esto nos ha provocado una situación de crisis. Pues nuestro modo de vida se basa en un crecimiento económico perpetuo e ilimitado que es espacialmente imposible en un mundo finito. Nuestra forma de vida se ha basado en la desmedida, en el despilfarro y en una visión cortoplacista frente a los procesos naturales, cíclicos que se dan a largo plazo. Además de una crisis económica, estamos inmersos en una crisis ecológica o ambiental y energética, incluso más importante que la anterior. El medio ambiente resulta alterado a causa del expolio y la extracción de recursos a un ritmo mayor (desmesurado) del que tarda la naturaleza a regenerarse. En 50 años comenzaremos a padecer graves problemas por el déficit del petróleo, posteriormente se agotarán también otros recursos como el carbón mineral, el gas natural... Los agrocombustibles no pueden producir una cantidad suficiente de energía si pretendemos dar de comer a los 9.000 millones de habitantes que residiremos en 2050; tampoco la energía nuclear parece ser la mejor solución...

¿Podremos sostener entonces el mismo modo de vida? ¿Está condenada una sociedad sin crecimiento al fracaso? Pues de lo que podemos estar seguros es que si no iniciamos desde este mismo momento las bases del cambio de forma voluntaria y mínimamente anticipadora, tendremos que cambiar forzosamente nuestro modo de vida de un día para otro.

II

Hay sabiduría en la pequeñez

Tenemos que desacostumbrarnos a nuestra adicción al crecimiento⁴ Occidente no puede crecer más, hemos llegado al límite. Mejor dicho, ya podemos crecer *económicamente*, pero si *humanamente*. Debemos re-elaborar la noción de economía y dejar de entenderlo como una mentalidad maximizadora, como aquello que se ocupa del dinero y del mercado. La economía ya no puede ser una conducta, ahora pasa a ser un proceso, una actividad. La economía trata de los procesos que tienen que ver con la creación, la distribución, el intercambio, el consumo... pero desde una perspectiva integrada en la cultura, como un proceso más, fruto de las relaciones entre los seres humanos. Pues ya que la economía es una construcción humana, vamos a construirla de la manera que nos haga más humanos. Recuperemos la medida y la proporción de las que ya nos hablaban los clásicos y asomémonos hacia la pequeñez.

Ridoux propone trabajar menos para vivir mejor, reducir la cantidad de trabajo para tener una vida más equilibrada y poder realizarse a través de cosas que no sean únicamente las profesionales: vida familiar, participación dinámica del barrio, vida asociativa, política, práctica de las artes, relacionarse con el medio ambiente... La clave para el francés se sitúa en una menor producción pero de más calidad. Aunque reconoce que esta elaboración exigiría más habilidad y tiempo, también ofrecería numerosos empleos y más gratificantes.

Partiendo de estas consideraciones creemos que no podemos pasar por alto la gran contribución que aporta la economía budista⁵. En la actualidad, hay una especie de acuerdo universal por el cual se acepta que el trabajo humano es la fuente básica de riqueza. En nuestra sociedad, como reminiscencia de un contundente cristianismo, el trabajo se asocia con sufrimiento (la etimología de *trabajo* proviene de *tripalium*, antiguo instrumento de tortura formado por tres palos). Si trabajamos es porque no tenemos alternativa. Este sufrimiento es doble: pues para el empleador el trabajo es fastidioso: busca reducir al mínimo los costes, incluso eliminarlos del todo substituyendo los trabajadores por maquinaria. Del mismo modo, para el empleado el trabajo es tedioso; sufre realizando la actividad y se sacrifica a cambio de un sueldo. Así, el ideal del empleado será tener ingresos sin tener que trabajar y el ideal del empleador tener producción sin tener trabajadores.

La economía budista da un giro a esta concepción del trabajo y pone de manifiesto otro punto de vista, mucho más amable, trata de llevar a cabo una humanización del trabajo. Esta concepción parte que la subsistencia correcta es uno de los requisitos del Noble Camino Óctuple del Buda, y el trabajo es básico como medio de subsistencia. Así pues, éste se entiende como una oportunidad de la persona para poder utilizar y desarrollar sus facultades. El trabajo

⁴ N. Ridoux: *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*, Barcelona, Los libros del Lince, 2009.

⁵ E. F. Schumacher: *Lo pequeño es hermoso*, Madrid, H. Blume Ediciones, 1978.

le ayuda a despojarse del egocentrismo, y le pone en relación con otras personas por mor de una tarea común que consiste en producir los productos, bienes y servicios necesarios para la vida. Des del punto de vista del budismo hay dos tipos de mecanización que se tienen que diferenciar. En primer lugar, está la mecanización que ensalza la capacidad y el poder de las personas, propia del budismo, el otro, es la mecanización que reduce el trabajador a un mero esclavo mecánico. En el sentido budista, una persona desempleada se halla en una situación desesperante. No solamente porque no reciba ingresos, sino porque el trabajo nutre, aviva y nos libera como personas.

La crítica del budismo a la sociedad industrial y a la organización capitalista de la economía va encaminada al hecho que las mercancías devengan más importantes que las propias personas y que el consumo sea mucho más importante que la actividad creativa. La organización económica des del punto de vista budista se preocupa más de la plena ocupación de las personas que lo necesitan que no de extraer y obtener los máximos beneficios a costa de éstos. Trabajar menos para vivir mejor. En este sentido, las mujeres no necesitan trabajar ya que su tarea va dirigida a la crianza y cuidado de los hijos, que ya de por sí es una actividad económica y sería absurdo que trabajasen dejando los niños fuera de banda. De todos modos, a mi parecer, se podría actualizar esta visión de la crianza ligada exclusivamente a la mujer y enfocar el cuidado de los hijos tanto al padre como a la madre. En síntesis, la ética budista se interesa por la emancipación de las personas y el trabajo no puede impedirlo, sino que forma parte de esta liberación. Son los medios de vida correctos, la sencillez como oposición al lucro.

El budista se basa en medios sorprendentemente pequeños que conducen a resultados extraordinariamente satisfactorios. Por estas razones que propone el budismo, nuestro sistema actual no tiene sentido, la economía ya no puede crecer, tiene que decrecer, como ya se escuchan algunas voces. Quizás cabe darle la vuelta a la fórmula: el fin está en obtener el máximo bienestar con un mínimo consumo. Esto se vincula con el problema de la escasez. El budismo también de encuentra con este problema de los recursos. Así que, tendiendo a un bienestar con el mínimo consumo se contribuye a disminuir la competencia que ofrece la economía actual de tener de cada vez más, hecho que implica que se establezcan unas relaciones fundadas sobre el respeto y la no violencia. No debemos olvidar el trabajo en equipo, la colectividad y la dinámica de cooperación. La división del trabajo atomiza y reduce las personas en máquinas. La economía no puede darse si no es dentro de un marco de sociabilización. Por lo tanto, debemos tender hacia una economía colectiva, enfocada al bien común y para nada individualista como se entiende hoy en día.

A nuestro parecer, la economía budista dibuja de forma excelente el cambio que debemos realizar. Es re-dirigir la mirada y aprender a pensar en escala pequeña para restablecer un equilibrio del ser humano con el medio ambiente y también entre los propios seres humanos. Y aquí entra en juego el decrecimiento, como un modo de vida más simple, autosuficiente y autogestionado. Tenemos que empezar a pensar en la relocalización, habitar pequeñas comunidades autosuficientes, crear cooperativas, romper los lazos de dependencia que crea la economía actual, construir una economía de mercado local, trabajar por la subsistencia y decidir cómo queremos vivir. Todo esto se traduce a una vida humanamente más satisfactoria para más gente.

El decrecimiento supone un cambio de actitud a pequeña escala, es un medio y no un fin. Nos muestra que podemos crecer sin economía y tener riqueza sin dinero, pues hay otra forma de vivir, vivir desde la pequeñez. No podemos crecer, pero sí multiplicarnos. Debemos romper la masa uniforme y dependiente para crear distintos grupos autogestionados descentralizados, pues las acciones a pequeña escala son menos propensas a causar daños a escala mayor. De hecho, aunque parezca paradójico, para encontrar lo pequeño, el mundo debe hacérsenos grande, esto es, que nos adaptemos al mundo y no el mundo a nosotros.

Para ir finalizando, aunque caminemos a destiempo, aún podemos transformar las cosas. Si el progreso hasta el momento se ha concebido de forma lineal ascendente, como una entelequia -también valdría la imagen de la escalera-, debemos ahora entenderlo como nos lo presenta Lévis-Strauss: como el movimiento del caballo del ajedrez, con diversa posibilidad de salta y nunca en el mismo sentido. Ahora nos tocar saltar a nosotras/os; es hora de volver lo grande en pequeño.

III

Resumen:

“En un pequeño pueblo de la costa mexicana, un norteamericano ve a un pescador a punto de dormir la siesta y le pregunta:

-¿Por qué no pesca más?

El mexicano le responde que su pesca cotidiana le basta para satisfacer las necesidades de su familia. El norteamericano les pregunta entonces:

-¿Qué hace el resto del tiempo?

-Me levanto tarde, juego con mis hijos, pesco un poco, duermo la siesta con mi mujer, por la tarde voy a ver a mis amigos. Bebemos vino y tocamos la guitarra. Tengo una vida muy llena. El norteamericano lo interrumpe:

-Siga mi consejo: empiece por pescar más rato. Con los beneficios se podrá comprar un barco, podrá abrir su propia fábrica y abandonar su pueblo en México para vivir en Nueva York, desde donde podrá dirigir su negocio.

-¿Y después? -le pregunta el mexicano.

-Después -contesta el otro-, puede hacer que su sociedad cotice en Bolsa y ganar millones.

-¡Millones! Pero ¿y después? -insiste el pescador.

-Después podrá retirarse, vivir en un pequeño pueblo de la costa, levantarse tarde por las mañanas, jugar con sus hijos, pescar un poco, dormir la siesta con su mujer, pasar las veladas bebiendo y tocando la guitarra con sus amigos.

François Partant